

»Por otra parte, ¿á qué retardar la pacificación de las provincias expresadas en las bases primitivas, haciéndola depender ahora de nuevas pretensiones, cuando si la mediación podía servir de remedio á los males que la provocaron, nada importaba tanto como entablarla, sin perder momento, después de tantas dilaciones? ¿Para qué complicar la transacción originaria con otra solicitud posterior, que podría en todo caso tratarse separadamente; y cómo envolver en un mismo negocio ocurrencias incoherentes y distintas en su principio y en todas sus circunstancias?

»Irresistibles parecieron á las Cortes estas y otras razones no menos graves, que se expusieron en las diferentes sesiones secretas que ocupó la discusión de este nuevo incidente. La cuestión se consideró tan importante y de tanta responsabilidad, que varios diputados, no siendo públicos los debates, se creyeron obligados á dar su voto por escrito, aunque no era de costumbre, á fin de que constase su opinión en todo tiempo. Puesta al fin á votación nominal la propuesta, se decidió por grande mayoría que la mediación extranjera no se extendiese al reino de Nueva España. Con esta resolución terminó toda negociación ulterior sobre esta materia por parte del gobierno británico, habiendo abandonado igualmente la que se había entablado para pacificar á Buenos-Aires y Caracas.

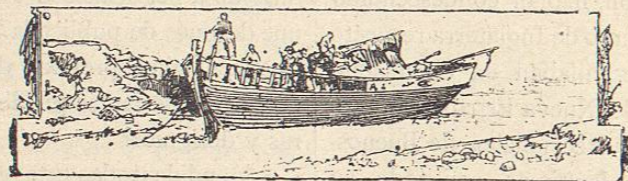
»Poco después los diputados de América, insistieron todavía en la tentativa del reino de Méjico, pero bajo de otro aspecto y forma. La proposición fué hecha en sesión secreta, y no sólo se frustró también, sino que produjo una de las escenas más agi-

tadas y estrepitosas que jamás habían ocurrido en las Cortes.»

La proposición se hizo como hemos dicho en otro lugar después de darse lectura de aquella carta de la infanta Carlota tan encomiástica de la Constitución de Cádiz y de su constitucionalismo. Fué, pues, como puede recordarse, el diputado peruano Feliu el que propuso que se nombrase presidenta de la Regencia de España á la infanta Carlota, pero ésta debía, según la proposición del diputado americano, pasar á Méjico antes de venir á Cádiz, á fin de apaciguar aquel reino. La acogida que las Cortes hicieron á tal proposición, fué de las peores. La traición se hizo evidente, y la infanta salió de aquel debate muy mal parada.

No cabe, pues, dudar que hubo desde un principio un plan para poner á América á las órdenes de la infanta Carlota. No queremos creer que se quisiera con ello crear un reino para esta señora, pero debemos creer que esta eventualidad no asustó á los que creían perdida para siempre á España. El temor, recelo y desconfianza de los americanos no carecía pues de fundamento, y esta mezquina conspiración dió, como ya hemos visto y tocamos ahora, los más tristes resultados.

Faltos de documentos, no es posible hacer más luz de la que hemos hecho sobre la actitud de la casa de Braganza, cuyos intereses tal vez inconscientemente defendía la hermana de Fernando VII, pero día llegará en que se podrá ver claro en este asunto y ver la parte que tuvo en la pérdida ó revolución de América, la familia real española.



CAPITULO XLIV

LEVANTAMIENTO DE AMERICA EN 1812

Reacción española en Caracas: sus causas.—Pronúnciase para España el cacique indio Vargas.—Sale á reforzarle Monteverde.—Apodérase Monteverde de Carora.—Apuros de Monteverde.—Cómo se aprovecha de los terremotos.—Espantan á la población.—Cómo favorecieron la restauración de la autoridad de España.—Reanuda la campaña Monteverde.—Apodérase de Barquisimeto: 2 de Abril.—Marcha arrojada contra Valencia.—Abandónala el gobierno federal.—Apurada situación de Monteverde.—Sale á su socorro Ceballos.—Competencia entre Monteverde y Ceballos.—Patriótica retirada de Ceballos.—Avanza Miranda contra Monteverde.—Oblígale Monteverde á retirarse.—Intenta sorprender á Miranda y es escarmentado.—Heroísmo de Monteverde.—Triunfa la contrarrevolución en Puerto Cabello: 1.º de Julio.—Escapa Bolívar.—Levántanse los negros por España.—Terror que causan á unos y otros.—Conciértanse Monteverde y Miranda.—Convenio de San Mateo.—Restablécese la autoridad española en Caracas.—Continúa la insurrección en Cartagena.—Miyares en Caracas.—Temores de los caraqueños.—Retírase patrióticamente Miyares.—Proclámase la Constitución de 1812.—Vuelve á egriarse la insurrección de Buenos-Aires.—Situación de Montevideo.—Conspiración de Alzaga: 2 de Julio de 1812.—Su muerte.—Indignación de Vigodet.—Medidas de represión contra Buenos-Aires.—Planes conciliatorios de la Junta de Buenos-Aires.—Recházalos Vigodet.—Sus proyectos de restauración.—Desvanécelos la derrota de Goyeneche.—Pasa Artigas á la banda oriental.—Apuros de Vigodet.—Reclama el apoyo de los brasileños.—Opónese el embajador inglés á su intervención.—Antecedentes de la derrota de Goyeneche.—Victorias de Goyeneche en Suipacha.—Belgrano al frente de los buenos-aires.—Apacigua Goyeneche á Cochabamba.—Derrota á su caudillo Arce.—Traición de San Sebastián.—Asalto y saqueo de Cochabamba.—Ejecuciones.—Regresa Goyeneche á Potosí.—Ordena á Tristán que penetre por el Tucumán.—Desordenado avance del jefe español.—Retírase á Cobos.—Avisa á Goyeneche.—Proclama Goyeneche la Constitución de Cádiz.—Retoña por todas partes la guerra.—El obispo de Quito.—Secúndale su clero.—Sus pastorales y sermones contra España.—Montes presidente de Quito.—Apodérase de Mocha: Setiembre de 1812.—Avanza contra los quiteños.—Desesperación y crueldades de estos.—Martirio heroico de los Calixtos.—Asalto y entrada de Quito: 7 de Noviembre.—Victorias de Sámano.—Proponen Villa Orellana y Montufar un acomodamiento.—Respuesta de Montes.—Son asesinados sus parlamentarios.—Decretos de Montes.—La guerra civil en Nueva Granada.—Torres y Nariño.—Decreto del consejo de Tunja contra Santa Fe.—Derrota de los centralistas.—Marasmo de la guerra en Méjico.—Quiérese apaciguar á los insurgentes con pastorales.—Enciérrase el cura Morelos en Cuautla.—Sale contra él Calleja.—Apodérase de Cuautla.—Escápase Morelos.—Censura el virey las operaciones de Calleja.—Píde éste el retiro.—Quiere Morelos organizar la resistencia.—Morelos y Rayon: planes políticos.—Convoca Morelos el Congreso mejicano.—Nace la prensa mejicana en Sultepec: el cura Cos y Velasco: el *Ilustrador Americano*.—Avanza Rayon contra Mejico.—Derrótae Castillo.—Importantes operaciones militares de Iturbide.—Los reaccionarios en Méjico.—El virey Venegas, las elecciones y la Constitución de Cádiz.—Triunfa definitivamente en Chile, Carrera.—Pronúnciase Valdivia.—Quedan sólo para España las islas de Chiloe.—La imprenta en Chile: *La Aurora* de Santiago.—Mantiénesse la ficción de la adhesión á España.—Sale Pareja del Perú contra Chile.



medida que los acontecimientos se iban desarrollando en Caracas, se iba viendo claro, y muchos que se habían adherido á la revolución, creyendo solo defender las libertades

públicas ó el derecho ú obligación de América á mandarse por sus Juntas patrióticas, sentían vacilar su fe ó escrúpulos por una actitud que juzgaban ya antipatriótica al saber lo que para América ha-

cían las Cortes, y desleal al ver que se iba resueltamente á la independencia de las colonias americanas. De suerte, que cuando el gobierno de Caracas parecía más sólidamente constituido por tener ya organizadas y reunidas sus Cámaras, la reacción política y la defección amenazaban acabar prontamente con lo hecho.

Uno de los más importantes caudillos del interior, el cacique indio Vargas, capitán de la villa de Siquerique, fué uno de los primeros en protestar de su lealtad á España, y como se mostrara dispuesto á combatir ahora por lo que antes había atacado, Ceballos se apresuró á mandarle algunas fuerzas al mando del capitán de fragata Monteverde, que hacía poco había llegado de la isla de Puerto-Rico. Vargas, empero, no esperó á Monteverde para dar pruebas de su lealtad, pues puesto á la cabeza de doscientos fusileros y cien flecheros indios, destituyó á las autoridades revolucionarias de Siquerique, y después se apoderó de Toenza. Reunido luego con Monteverde que le trajo doscientos ó trescientos hombres, atacaron á Carora defendida por el español Marin, consiguiendo la conquista por su arrojo,—27 de Marzo de 1812.

Monteverde, dueño de Carora, se encontró poco menos que preso y rendido por su conquista, pues al saber lo que él y Vargas habían hecho, el Congreso de Venezuela reunido ahora en Valencia, para su mayor seguridad, se apresuró á mandar de todos lados tropas contra Monteverde, quien se dispuso á recibir las en Carora porque le rodeaban ya sus enemigos por todas partes, y esto cuando el mismo Ceballos le escribía que lejos de fortificarse en Carora, abandonase esta ciudad y procurara ponerse en salvo, pues dada la gran distancia á que se encontraba del cuartel general que estaba en Coro, no era posible darle auxilio. En tan angustiosa situación estaba Monteverde cuando el terrible terremoto que asoló á Venezuela el día de Jueves Santo del año 1812, es decir, en el mismo día aniversario del movimiento revolucionario de 1810, vino á sacarle del compromiso, pues los habitantes de las ciudades perjudicadas, San Felipe, Barquisimeto, por donde se había cerrado la retirada á Monteverde, Mérida, La Guaira, Maiquetia, Chacao y Caracas, pedían con espantosos alaridos perdón á Dios y á Fernando VII, siendo poco menos que inútiles los esfuerzos de los jefes revolucionarios para restablecer el orden y la confianza en medio de aquel espantoso desastre, estableciéndose en Caracas, que quedó casi asolada entre Bolívar y Ponce de León de un lado, y del otro el Prior de los dominicos y el filipense Ortigosa,

una verdadera guerra de discursos para arrancar los primeros al pueblo caraqueño del terror pánico que el terremoto y las exhortaciones de dichos frailes habían difundido en su ánimo.

Monteverde, conocedor de este estado del espíritu público, se decidió á explotarlo, juzgando con razón, que los apocados revolucionarios al ver en aquellos momentos de terror, osado y amenazador al hombre que creían perdido, se habían de dar á cuartel.

Salió, pues, de Carora resueltamente contra Barquisimeto, y su vanguardia, al mando de Marmol, penetró en dicha ciudad sin oposición el día 2 de Abril, porque el terremoto había restablecido la autoridad real, mejor que no la lealtad de sus habitantes. Este fácil triunfo, los siete cañones que allí encontró y la decisión que muchos mostraron por la causa de España uniéndose á él, arrojaronle á la temeraria empresa de querer anonadar á la insurrección con un golpe no menos terrible que el que le había dado el terremoto; lanzándose contra Valencia. Ceballos quiso disuadirle, pero Monteverde no hizo caso de sus prudentes observaciones, pues estando sobre el terreno de la acción conocía mejor que el brigadier lo que podía prometerse del terror pánico de los habitantes, y atacó á San Carlos de cuya ciudad se apoderó causando numerosas bajas á los americanos, y recogiendo no poco botín de guerra, incluso toda la caballería, uniéndosele sobre la marcha nueva gente que abandonaba la causa de la revolución por la del rey que era ya la causa de Dios. Este triunfo le llevó á Valencia, abandonando á esta ciudad el gobierno federal que se trasladó á Victoria tan pronto supo lo de San Carlos. Sin embargo, Monteverde entró á tiros en Valencia, porque las tropas americanas avergonzadas por abandonar la capital del gobierno sin combatir, volvieron á la ciudad al mismo tiempo que á ella llegaba Monteverde,—3 de Mayo,—siendo causa la sorpresa de su poca resistencia, pues al marino español se le creía todavía muy lejos. Monteverde, pues, continuaba triunfando, pero continuaba cada vez más comprometiéndose. Debía temer que la moral de los venezolanos no se reformase, que la pastoral que se anunciaba del arzobispo y en la que éste debía declarar que el terremoto no era un castigo divino por su deslealtad, rehiciese la opinión, y como ésta era la que cubría ahora las espaldas del intrépido jefe, una vez le abandonara debería darse por perdido. Por fortuna, si bien el arzobispo obedeció, no lo hizo tan á gusto del gobierno federal que éste consiguiera

lo que con ello se había propuesto por las reservas y distingos de la literatura episcopal, y esto y el salir Ceballos al frente de setecientos hombres en su auxilio, pudo hacer que Monteverde se sostuviera en las posiciones conquistadas.

Cuando Ceballos se puso al habla con Monteverde supo con indecible sorpresa, que éste no podía entregarle el mando de la expedición en virtud de las órdenes reservadas que había traído de Puerto-Rico en donde residía el capitán general Fernando Miyares. Ceballos, empero, supo hacerse superior al desaire, y entregó á Monteverde la gente que llevaba con lo que pudo ya contar con tres mil hombres, retirándose á seguida á su gobierno de Coro.

Llegó á su punto el refuerzo porque Miranda al frente de cuatro mil hombres estaba ya en Guácara, distante cuatro leguas de Valencia, pues, fuerte ya, envió también, como el caudillo americano, sus gentes por delante, pudiendo Monteverde convencerse de que aquella masa de hombres no estaba en disposición de hacerle frente, pues ora se negaban á combatir, ora desertaban en gran número, por lo que Miranda fué cediendo terreno retirándose á Macarai, en donde tampoco se pudo sostener, yendo, por fin, á atrincherarse en los puntos de Cabrera y Guaica, restableciendo con rigurosas medidas la moral de su ejército. Pero aún cuando se batió bien en dichos puntos, tuvo que abandonarles á Monteverde, pasando á situarse á seis leguas de Victoria en donde se le juntaron refuerzos que elevaron su ejército á cinco mil hombres.

Monteverde, fiando en su buena estrella y en la desmoralización del enemigo, quiso sorprender á Miranda un día por la madrugada, y aunque al principio todo iba bien, repuestos los americanos repelieron á Monteverde con grandes bajas, perdiendo las fuerzas de éste en fuerza moral cuanto ganaron las de Miranda, pues, entonces comprendieron sus gentes que se habían adelantado á ciento treinta leguas de Coro, y que tenían á sus espaldas á Bolívar en Puerto-Cabello. Pero no abandonó tampoco en este trance al jefe español ni su serenidad ni su fortuna. Comprendió que de iniciar su retirada iba á quedarse sin un soldado y resolvió hacer frente. Comprendió que de escapar iba á hacer que malograra la contrarrevolución que estaban fraguando en Puerto-Cabello los que en el año anterior la habían hecho en Valencia, Iltueta, Sánchez, Inchauspi, Baquero, el sargento Alarcón y otros, por cuyos motivos como buen marino resolvió hacer al mal tiempo buena cara y aguantó, hasta saber el triunfo de la contrarrevolución en Puerto-

Cabello,—1.º de Julio,—pudiéndose salvar milagrosamente Bolívar por mar. Entonces Monteverde se retiró con la misma velocidad con que había avanzado de enfrente de Miranda, hasta el extremo de llegar todavía á tiempo de batir á los revolucionarios que escapaban de Puerto-Cabello.

A los pocos días,—12 de Julio,—subleváronse por Fernando VII los negros de Curiepe, Capaya, Guapo y costas orientales, llevando á su frente á Quintero y Elzaburu, quienes amenazaban con la destrucción á los pueblos rebeldes al rey.

Este levantamiento de los negros, por el carácter feroz que desde luego presentó, infundió casi igual temor á los realistas como á los independentes, quienes á una buscaron una base de acomodamiento para impedir el triunfo de los negros. Restablecer la autoridad de España y dar una amnistía, estas eran las bases que se presentaban, y estas bases fué á presentarlas á Miranda el marqués de Casa Leon cuando ya los negros estaban en Guatise que dista doce leguas de Caracas.

Miranda que veía como la deserción iba clareando cada día más las filas de sus batallones, oyó las proposiciones del marqués, pero añadió para sí la entrega de mil onzas de oro para poder retirarse al extranjero. Consintióse esto, entregáronsele doscientas cincuenta onzas á buena cuenta y Miranda entró en Caracas en virtud de ese convenio de San Mateo, para desarmar á los batallones de mulatos que habían escapado de su lado al saber su traición, y para impedir que los negros penetraran en la capital.

De esta manera se restableció la autoridad española en Venezuela, salvo en Cartagena, en donde continuó izada la bandera de los independentes.

Esta fácil restauración estuvo á punto de naufragar en los mismos días del triunfo.

Miyares, al saber lo que había ocurrido entre Ceballos y Monteverde, se presentó con su estado mayor en Caracas para tomar el mando superior y proclamar la Constitución de Cádiz, conforme se le había ordenado. Pero los venezolanos, temiendo que el capitán general no cumpliría con la lealtad que esperaban encontrar en Monteverde las capitulaciones de San Mateo, instaron á éste á que desobedeciese, y Monteverde desobedeció agarrándose á los mismos artículos del tratado que había firmado. Miyares no fué menos patriota que Ceballos y se resignó á dejar á Monteverde al frente del país que había reconquistado, y como las Cortes españolas, enteradas de todo lo ocurrido, no sólo aprobaron la conducta de Monteverde, sino que le nombraron